

Ciencia y experiencia

Cuando una cosa no es accesible a nuestros sentidos en su conjunto, cuesta trabajo saber cómo es.

Todo el mundo comprende en seguida que la Luna es redonda, pero saber que la Tierra lo es ha costado muchos siglos, porque sólo podemos observarla en porciones muy pequeñas.

Según nuestra primera impresión, la Luna es como un plato. Las fases de la Luna nos hacen comprender pronto que es a modo de una esfera.

Nuestras nociones originales sobre la Tierra son que se trata de una cosa plana. Para comprender que es como la Luna, esférica, ha habido que reunir múltiples y variadas observaciones y ordenarlas en un conjunto que permitiera explicar satisfactoriamente todas ellas, esto es, ha habido que construir una teoría que no ha llegado a triunfar sino a costa de muy serios disgustos, polémicas y golpes. Y todo para venir a parar en lo que la visión de la Luna o del Sol nos hace percibir desde el primer instante, sin discusión posible.

La Economía es una de las cosas que no nos es dado percibir en su conjunto. Podemos ver mercados, Bolsas y Bancos en actividad, fábricas diversas en funcionamiento, vías de comunicación transportando mercancías, minas en explotación, campos cultivados, puertos, aduanas y así sucesivamente todas las manifestaciones de la actividad económica, pero el conjunto de la economía es cosa que escapa a la observación inmediata de los sentidos, es algo que hemos de construir imaginativamente con los retazos de nuestras impresiones referentes a aspectos particulares de ese todo, enlazándolos congruentemente, es decir, de una manera lógica, en un conjunto que no contenga contradicciones y se halle acorde con ese mundo interno de nuestros deseos y ambiciones. Esa imagen mental que es posible —no fácil— organizar así, es una teoría, la teoría de la Economía, que sólo gracias a eso llega a ser comprensible.

Muchos, para quienes la teoría es algo apartado de la realidad no comprenden eso, no comprenden que las teorías no se construyen para complicar las cosas, sino para poder entenderlas; es la única manera que tenemos de llegar a verlas con claridad, de verlas en cierto modo como vemos las cosas que podemos observar en todas sus partes a la vez y percibir cómo esas partes se relacionan entre sí.

Los empiricistas no quieren saber de las cosas más que «aquello que ven con sus propios ojos».

Quizá se sorprenderán al saber que ver es también una teoría.

La Fisiología nos dice que esa imagen visual que percibimos, con sólo abrir nuestros ojos en plena luz, no es la obra de nuestros ojos. Lo que nosotros percibimos en cada célula cerebral óptica, como dato inmediato de nuestra sensibilidad a la luz, es la impresión elemental de luz y color que nos viene de cada punto del objeto o panorama que tenemos ante nosotros, impresiones aisladas que nuestro cerebro, mejor nuestra mente, ha de relacionar unas con otras para construir la imagen visual que aparece en nuestro sensorio, de un modo que resulte congruente con todos los demás datos que nos vienen de los sentidos y del contenido general de nuestra conciencia.

El proceso es en ambos casos semejante. La diferencia consiste en que la síntesis que se opera en la imagen visual es algo que hacemos instintivamente en fuerza de repetir el proceso, el cual aparece ya casi como un acto fisiológico a la manera del digerir, en tanto que la teoría es una imagen de difícil y consciente elaboración mental que, cuando se ha logrado, es tan útil para comprender como la imagen visual para ver. Quienes rechazan toda teoría es que quieren permanecer ciegos o se contentan con imágenes vagas y distorsionadas de la realidad que intentan percibir. No es que prescindan de toda teoría, porque eso es imposible; es que se conforman con trasuntos muy imperfectos de aquella realidad.

La *realidad* ¡comprometedora palabra! ¿Qué es la realidad? ¿qué sabemos nosotros de ella? La realidad es la cosa en sí misma, el noumeno de Kant. Nosotros no podemos percibir sino lo que nos dicen nuestros sentidos, la apariencia con que *lo que es* se ofrece a nuestro entendimiento, a través de los órganos de la sensibilidad. Algunos, los escépticos, se preguntan incluso si alguna realidad existe. No es posible demostrarlo, pero los hombres creemos profundamente en ella; creemos que, debajo de la apariencia, algo existe que es la causa de esa apariencia. Los hombres que no han reflexionado sobre esto piensan más, piensan que esa apariencia es la realidad misma, pero eso es inadmisibile, porque si nuestros sentidos tuvieran otra estructura, la apariencia sería distinta, y la realidad no.

Estas consideraciones no son ociosas metafísicas. Son de gran utilidad para comprender que no

debemos pedir a nuestras elaboraciones mentales más de lo que pueden dar: remedos de una realidad que nos escapa en su esencia. Nuestras imágenes mentales sean visuales, auditivas o de otra clase, son sólo representaciones parciales, nunca exactas ni completas, aunque esto de la exactitud apenas tiene sentido en este caso. Padecemos ilusiones de la vista, del oído, del tacto; los sentidos nos engañan a menudo. Constantemente tenemos que rectificar nuestras impresiones, comprobando las unas por las otras; hemos de educar de continuo nuestros sentidos en la percepción de la realidad. ¿Cómo no nos ha de engañar tantas veces nuestra inteligencia cuando elabora las imágenes que llamamos teorías?

Cuando nosotros rectificamos nuestras teorías, no hacemos cosa distinta de cuando corregimos nuestras ilusiones ópticas. En un caso y en otro procuramos acercarnos a la *realidad*, lo que apenas tiene otro sentido que el darnos un medio de acción más eficaz sobre el mundo exterior, de tal modo que, cuando obremos, los efectos determinados por nuestra acción, en el sector a que afecta, respondan a lo que esperamos de ella.

Se comprende que una teoría nunca será exacta, como no lo es la impresión de nuestros sentidos, porque en todos los casos se trata de aprehender una realidad subyacente que escapa a nuestra comprensión y a que sólo podemos aproximarnos en el sentido que he procurado expresar.

En suma, construir una teoría científica es dar una imagen del objeto de la Ciencia, que nos ayude a entenderlo. Esa imagen no será una representación de «lo que es», un trasunto exacto de la realidad subyacente, sino una manera de figurarla a medida de nuestra mente, que nos permita concebirla, acercándonos continuamente a ella sin llegar nunca a tocarla. En todo caso esa imagen ha de ser lógica, coherente, so pena de que, en vez de servir para ayudar a nuestra inteligencia, venga a sumirla en el extravío.

Es en este campo donde la lógica tiene su misión. Tanto yerran los que creen poder prescindir de ella en este menester, como los que tratan de aplicarla, extrapolándola, en dominios trascendentes, en zonas sustraídas a nuestra inmediata experiencia, ajenas a aquellas en que se ha formado nuestra intuición de las cosas, hasta el punto que no sólo en el comprender las grandes cuestiones de la Filosofía y de la Metafísica fracasa, sino en los de la misma Física cuando se sale del terreno acotado de sus conocimientos intuitivos, como el más allá de los átomos o el más allá de los astros. Eso no lo entendemos nunca bien; se halla en la

región liminal de nuestra inteligencia. Pero en lo que está más aquí y es objeto de nuestra experiencia diaria, como la Economía, el sentido lógico ha de presidir nuestras concepciones.

Pues bien, no hay cosa en que falte más el sentido lógico y de congruencia que en lo económico no en lo económico real, sino en lo económico que está en las manos de los teorizantes.

Se supone, por ejemplo, que entre patronos y obreros existe una lucha que Marx ha tomado como el prototipo de la lucha de clases. He aquí una «ilusión mental» nacida de que, siendo el patrono el organizador de la producción, es el que paga al obrero, como al resto de los agentes de la producción, y hasta él propio tiene la impresión de una pugna de intereses (cuanto menos pague mayor será su parte). Ambos pierden de vista que contra lo que luchan patronos y obreros es contra el mercado que les impone su ley; si unos sufren por la baja de salarios y el paro, los otros padece de la superproducción y la caída de precios.

Es irracional considerar como una lucha la colaboración en una obra común. La oposición que aparece al repartir el fruto limitado de esa colaboración, se desvanece en cuanto, unidos patrono y obreros, pueden elevar los precios, es decir explotar al consumidor. Aunque también en este haya ilusión, porque los consumidores son, en último resultado, los propios obreros y patronos, que sufren como tales los efectos del alza. La competencia se establece entonces entre los sindicatos mixtos para ver quién aventaja a los demás en la carrera de alza, mas en definitiva la depreciación del dinero a todos afecta. Pensar otra cosa es absurdo, pues sería pretender sacar algo de la nada.

GERMAN BERNACER.